

LA VIVIENDA COMO REPRODUCCIÓN. OBSERVACIONES CONTEMPORÁNEAS SOBRE EL HABITAR

1. Mis observaciones de hoy deben ser recogidas como una modesta intromisión. No sé si serán comprendidas de ese modo, pero sepan, quienes no lo saben, que mi voluntarista contribución a este Seminario *Acerca de la casa 2. Hacer vivienda*, responde a la gentil invitación de sus organizadores, amigos míos, cuya cortesía no podía ser contestada negativamente. Hacer vivienda no me infiere hoy otro afán personal que la remodelación de mi propia casa; acción de habitar, acicate más poderoso que la reflexión y el estudio, que mis amigos saben me ronda por derroteros menos específicos.

Así, pues, acepten la intromisión como parodia de un ejercicio juvenil, asociado al esfuerzo que se les reclama a los inscritos en este interesantísimo Seminario, en el que, sin duda, encontrarán mejores luces en todos los demás conferenciantes programados.

2. En el volumen homenaje *Para Walter Benjamin. Documentos, Ensayos y un Proyecto*, que prepararon Ingrid y Konrad Scheurmann tan cuidadosamente, Walter Grasskamp contribuyó con un magnífico artículo "El autor como reproducción". Un trabajo realizado a partir de la litografía realizada en 1966 por Ronald B. Kitaj basada, a su vez, en la fotografía tomada en París en 1927 por Germaine Krull. Una selección de un primerísimo plano de su rostro, una aplicación caligráfica, la limitación de la tirada y, lo más importante, la retraducción de los medios técnicos, generan un acercamiento, incluso un aura artificial; en definitiva, un juego involutivo acerca de los presupuestos técnicos y de comunicación social desarrollados en *El arte en la época*

de la reproductibilidad técnica (texto publicado en francés en 1935 y recogido por su traductor, el actual Duque de Alba, en *Discursos interrumpidos I*, 1973).

El Benjamin posterior a 1931, comprometido con un criticismo de la civilización tecnológica, escribe: "*La anulación del arte en el comportamiento excluye el que se pueda hablar de pintura o de arquitectura como 'objetos', puesto que se trata mas bien de 'acontecimientos', y en este sentido la crisis de la historicidad del arte va ligada a la crisis del objeto*". Y dado que la arquitectura ha tenido siempre como manera precisa de entrar en relación con el público genérico, la de una lectura distraída, de un contacto superficial, cuando no fugaz, de un acercamiento colectivo falto de profundidad (por lo menos en la experiencia cotidiana del usuario medio de la ciudad), "*las leyes de su recepción son las más instructivas para el estudio de una estructura artística que se presente como proceso disponible al libre uso y a la libre apropiación por parte del público*".

Nuevas maneras de recepción y de comunicación que, en la ciudad contemporánea habilitarían una tensión sin límites a las condiciones del entorno. Tensión sin límites definida en la dimensión compleja y enrarecida de un desorden que se pensaba definitivo. ¿Desorden o descomposición? Las auras y los centros perdidos. En cualquier caso, 60 años después, y han pasado más de 20 de nuestra primera lectura, las auras y los centros perdidos gozan de excelente salud. Pérdida que no olvido, pues los fundamentos dialécticos de aquellas ideas se revelan rebeldes. Aquel menosprecio de la arquitectura, como corte ¿ha devenido en alabanza, como aldea?

La nulidad del mundo y la caducidad de las cosas. La habitación del hombre es el destino inexorable del cobijo, respuesta primigenia de su condición animal. Un fundamento del existir que acompaña las historias todas de la humanidad, que cumple la ambición, ya inteligente, de convertir en imperecedero lo perecedero. Así conjuramos los lamentos y compadecimientos ante la nulidad del mundo.

"Compadezco a los hombres que se lamentan de la caducidad de las cosas y se pierden en la contemplación de la nulidad de este mundo. Estamos aquí precisamente para tornar imperecedero lo perecedero; y esto puede suceder sólo si se saben valorar ambas cosas" (J. W. Goethe, *Teoría de la naturaleza*).

La vivienda, la casa, es el hecho arquitectónico más imperecedero del paisaje del hombre en todo el devenir de la historia, hasta la consumación de los siglos. Amén. Pienso que difícilmente encontraríamos ningún escenario más rico como acontecer, y más resistente a conformarse como objeto. En todo caso, me atrevería a afirmar que serían hoy más objeto las viviendas/paradigma de la modernidad radical que las menospreciadas y distraídas casas comunes de antea-yer, ayer y hoy, en las que sus vulgares uniformidades sincrónicas descomponen en infinitas escenas de la distracción y de la disponibilidad de las reales mujeres y hombres de cada contemporaneidad.

La vivienda es la máxima adherencia al hombre. Le es consubstancial. Polvo son una y otro, perecederos. Y al ser siempre así, reproduciéndose uno y otra, iguales y distintos, devienen en lo imperecedero. Transcurren y permanecen. Sustitución, diversidad, que se reproduce en una mismidad irrenunciable.

"El habitar es la manera como los mortales son en la tierra". Recordemos, pues, también ahora a Martin Heidegger ("Construir, habitar, pensar", en *Conferencias y artículos*, 1994). Reconocido queda, pues, el ámbito. Y aceptado, también, que *"habitar, haber sido llevado a la paz, quiere decir: permanecer a buen recaudo, apriscado en lo 'frye', lo libre, es decir, en lo libre que*

cuida toda cosa llevándola a su esencia. 'El rasgo fundamental del habitar es este cuidar (mirar por)'".

Libertad y cuidado como acciones y objetivos, abandonos y olvidos. Libertad del ser, libertad asociada, ordenada, compuesta... construida. Libertad también para su negación, pérdida que viene del descuido, del dejar de mirar por ello, que es el construir, componer/hacer lugar, en los que la libertad es el acontecer. El lugar de la vida, la vivienda como *buan, bauen*.

3. Aunque nuestra lengua castellana sea más precaria conceptualmente que el alemán, la palabra reproducción tiene un primer significado bien preciso: *"Volver a producir o producir de nuevo"* (*Diccionario de la lengua española*).

La vivienda, la casa, se vuelve a hacer presente, una y otra vez, en el tiempo. Para la historia, narración "verdadera" de acontecimientos, la vivienda y el habitar son, debieran ser, objetos principales de estudio. *En la historia sólo vio la historia, nada más*, ése era el homenaje deseado por Lucien Febvre, historiador por excelencia, quien, en su "Examen de conciencia de una historia y de un historiador" (*Combates por la historia*, 1953, 1970) escribió sobre las leyes de su disciplina: *"Si se trata de estas fórmulas comunes que forman series agrupando hechos hasta entonces separados, ¿por qué no? Así será cómo la historia experimentará una vez más la unidad viva de la ciencia; y entonces se sentirá, más aún, hermana de las otras ciencias, de todas aquéllas para las cuales el gran problema hoy es negociar el acuerdo entre lo lógico y lo real -de la misma manera como para la historia se trata de negociar el acuerdo entre lo institucional y lo contingente-*".

Justamente, en los años de la reconstrucción bélica, cuando se producían viviendas en cuantiosas series, la historia reclama, también ella, las leyes de la cantidad. Examinar históricamente las series contingentes de la vivienda; su volver a producirse y producirlas de nuevo. Pero también comprender su reproducción en el

modo de ser habitadas, que es el construirlas, es decir, la *institución*. Métodos diversos, enfoques convergentes, destinados a un mismo ejercicio de comprensión. Un acopio pendiente. Un trabajo científico incipiente y parcialísimo, y aún más parcial ante nosotros.

En el primer enfoque. Los inventarios *post mortem* detallan ajueres, los vestidos y los muebles de los fallecidos. El valor de esos documentos, generalmente testamentarios, para el análisis histórico es muy importante y la historia contemporánea se viene nutriendo de ellos con frecuencia cada vez mayor. Pero ya no sólo, por ejemplo, para indagar sobre el segmento tradicionalmente valorado de las obras de arte, cuanto para estudiar retrospectivamente la vida cotidiana.

La cantidad arrastra la calidad. El número a la idea. La escuela de los *Annales*, siquiera fuese de manera no central, generó nuevas variantes de la historia de las mentalidades, mediante enfoques cuantitativos, por mas que a Braudel no le interesaran por creerlos menos significativos que las estructuras económicas y sociales.

Daniel Roche formó un equipo de investigación a mediados de los 60 para estudiar la vida cotidiana de la gente común del París del siglo XVIII (*El pueblo de París*, 1981). J. D. Bardet, P. Chaunu, G. Désert y J. Neveux, publicaron en 1971 su variopinto *Le bâtiment. Enquête d'histoire économique 14e 19e Siècles I: Maisons rurales et urbaines dans la France traditionnelle*. Sirva aquí de mera referencia.

A la postre, el dilema de estos enfoques está en su limitación hermenéutica. Un giro antropológico fue sustentado por historiadores como Jacques Le Goff o Emmanuel Le Roy Ladurie con su famoso estudio sobre la aldea de Montailou, en territorio de fuerte influencia cátara en el siglo XIV, acerca de la cual desarrolló la sólida división entre el estudio de la cultura material y el de las mentalidades de los aldeanos. Un trabajo que le permitió observar, por ejemplo, cómo las casas estaban hechas de piedra sin argamasa, lo cual permitía a los vecinos observarse y escucharse a través de los resquicios de las piedras.

Enfoques diversos que buscaban transitar *desde la historia social de la cultura a la historia cultural de la sociedad*, con palabras de Roger Chartier, con lo que muchas elaboraciones supuestas como estructuras objetivas debían considerarse como culturalmente "constituídas" o "construidas", entendida la sociedad misma como representación colectiva. Un distanciamiento de los factores considerados como "objetivos", en favor de "lo imaginario", incorporando el pensamiento, las elaboraciones de Michael Foucault, quien acertadamente había criticado a los historiadores por "su pobre idea de lo real", por el "ultraénfasis" puesto en la continuidad. Su sagaz puesta en valor de las discontinuidades, las "rupturas" epistemológicas, iba a resultar decisiva para importantes nuevos enfoques de conocimiento, también histórico, tal como ha sucedido en la historia de la arquitectura desarrollada por la escuela de Venecia en los años 70 y 80, tras la llegada de Manfredo Tafuri al Istituto Universitario di Architettura.

4. En esa perspectiva de la historia cultural, la habitación podía ser observada como una "práctica", una producción dependiente de una determinada "manera de usar productos culturales", un producto cultural bien decantado, el pasado aplicado al presente, substancial manera de configuración de los lugares del recuerdo, siguiendo el feliz enunciado de Pierre Nora. Una orientación, por lo demás, difícilmente sistematizable, peligrosamente reducible. La preocupación por la libertad humana exige, cada vez más, una estimación particularizada. ¿Cómo eludir el examen específico si deseamos aspirar a una comprensión de la complejidad real? La microhistoria deviene en un método cada vez más apropiado para conocer la constitución, la construcción, de las unidades significativas, como pueda ser la casa, la vivienda particular, sujeta habitualmente a un cierto determinismo cultural, pero moldeada, sin excepción, por el tránsito de la interpretación proyectual/productiva, primero, y por el habitar/ devenir productivo de sus usuarios después. Conse-

cuentemente, cada uno de esos planos, marcados por el tiempo, marcados por la historia cultural, operan interactivamente, pero son susceptibles de ser examinados específicamente. Cada norma y su transgresión siempre aparecen, se nos desvelan si somos capaces de examinarlas detenidamente.

Así, cabría entender el *modus vivendi* de un tiempo y un lugar, por ejemplo el *modus vivendi* sevillano de finales del siglo XX, en su relación dialéctica con las normas que condicionan el proyecto y son su aplicación, y no sólo las determinaciones oficiales acerca de las características de las viviendas de promoción pública. Los diversos agentes, promotores públicos y privados, afectados con excesiva semejanza por los paradigmas comerciales, la lectura continuista y reductiva de la demanda; los arquitectos, complacientes "mimetizadores" de las representaciones tipológicas y formales, no menos afectos, o rendidos, a la cómoda continuidad, contribuyentes a la serena reducción establecida; o los usuarios, condenados, resignados, cuando no satisfechos, a un acoplamiento inexorable con la repetición y el peso de la uniformidad, medio por el que su conducta individual y familiar alcanza en su casa las formas definitivas de un contrato social tácito.

Suscribir o transgredir esos vínculos resulta ser para políticos, administradores, promotores, contratistas, arquitectos, oficios y usuarios, el filo de la navaja de su desafío vital. Pero el dilema no se reduce a una actitud de continuidad o de alteración. La alteración libera la conducta pero no garantiza la cualidad de sus efectos. La continuidad no es, necesariamente, sinónimo de complacencia y rendición, y aún éstas no equivalen a la reforma o manera con la que ejercer la reproducción de los paradigmas.

La impostación o actitud sólo nos manifiestan una cierta ética, un cierto entendimiento del oficio o de la disciplina. Son los resultados, la construcción operada, los que reclaman ser examinados. Pero el analista, el historiador por ejemplo, es, a su vez, sujeto de valoración en la doble dimensión de su posición y de su

ejercicio. En la producción histórico-crítica se dan idénticas contingencias. Sin excepción, quien la ejercita, atrapado en su propia mentalidad, producto biográfico, es el primer y principal problema de su construcción histórica, de su representación de los hechos. Una realidad que se hace más evidente, para quien ve y se mira, ante los hechos inmediatos. Yo mismo.

5. *"Durante milenios, el hombre fue cazador. La acumulación de innumerables actos de persecución de la presa le permitió aprender a reconstruir las formas y los movimientos de piezas de caza no visibles, por medio de las huellas en el barro, ramas quebradas, estiércol, mechones de pelo, plumas, concentraciones de olores. Aprendió a olfatear, registrar, interpretar y clasificar rastros tan infinitesimales como, por ejemplo, los hilillos de baba. Aprendió a efectuar complejas operaciones mentales con rapidez fulminea, en la espesura de un bosque o en un claro lleno de peligros"*. Esta hermosa descripción de Carlo Ginzburg expresa la formación del primer patrimonio cognoscitivo del hombre, tan próximo a su origen animal. Forma parte de su artículo "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciarias" (reproducido en *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, 1986, 1994 en castellano). Contribución a la revalorización del método indiciario que desde otras disciplinas se transmitió a la historia. Pero la narración de esta primigenia actividad del animal hecho hombre es el fundamento por el que reconocemos nuestra capacidad original para construir actividades, originalmente vinculadas a la necesidad. Cazar y alimentación, por el tránsito del fuego; tejer y vestirse, condición substancial que Gotfried Semper reclamó para comprender nuestros fundamentos culturales; construir y cobijarse, la cabaña primitiva como alternativa a la cueva, guarida natural, apropiada y manipulada.

La manufactura de la casa y su devenir forma parte del soporte profundo de nuestra historia cultural. Tan profundo que el decurso del tiempo y de las civilizaciones la ha ido subsumiendo hasta reducir su condi-

ción de objetivo para la historia. Un esfuerzo de interpretación como el de Viollet-le-Duc (*Historia de la habitación humana*, 1945), recorrido operativo –raza y hábitat– desde la Prehistoria al Renacimiento europeo, rara vez se ha repetido, y, por el contrario, con reiteración al historiar la arquitectura se ha eludido considerar la casa común del hombre como objeto de su interés. El surgimiento y evolución de los edificios destinados a la práctica social, los monumentos cargados de significación colectiva, asumieron en exclusiva el estatus arquitectónico, de manera que sólo la singularidad de las arquitecturas excepcionales constituían el sistema de interpretación del pasado, favorecidas por la excelencia de su escala y su naturaleza constructiva, y así, y sólo así, cabía considerar los hitos residenciales, aquellos palacios dotados de idéntica singularidad y significación colectiva.

Cuestión que nos remite a la distinción entre arquitectura *pública* y arquitectura *privada*, destinada a marcar el campo de la actividad proyectual. En el siglo XVIII, la Ilustración propició un distingo que arquitectos como Giovan Battista Piranesi, William Chambers o Jacques-François Blondel contribuyeron a establecer. Una distinción de género que, como bien observó Georges Teyssot: “No nace sólo como consecuencia de las diferencias entre los objetivos y, por tanto, entre los ‘programas’; la separación es fruto también de dos ‘modus operandi’ que en el fondo son muy distintos: dicho brevemente, en el ámbito público lo que cuenta es la ‘gravitas’, es decir, la ‘magnificencia’ y la severidad de las formas que hablan por sí mismas, mientras que en el mundo de la vivienda privada se pueden expresar libremente la fantasía, el capricho y el exotismo. Sobre la base de dicha división es posible comprender las grandes oposiciones de categorías que, a partir del pensamiento clásico, han puesto a punto la filosofía y la estética del siglo XVIII”.

La condición romántica de Viollet-le-Duc explicaría su disposición para escudriñar e imaginar la idiosincrasia de esa “arquitectura privada” que ofrece lo sentimen-

tal, lo imaginativo, lo ligero o lo pintoresco que le es propio. Pero el aval magnífico de la “arquitectura pública”, aquella dotada de los atributos contrarios, lo intelectual, lo juicioso, lo grave o lo sublime, emergería una y otra vez hasta nuestros días en un afán de gravedad arquitectónica. Baste recordar un par de estimables y peculiares productos de análisis arquitectónico: los libros *Huellas de edificios* (1962) de Eduardo Sacriste, y la *Historia de las tipologías arquitectónicas* (1976, 1979) de Nikolaus Pevsner. Para ninguno de ellos la vivienda es objeto de atención. El segundo resuelve su ausencia así: “Las viviendas, incluyendo las casas de pisos y los chalets suburbanos, habrían exigido la redacción de otro volumen”; redacción a la que nunca se dispuso. Mientras que el argentino fue más taxativo: “Esta colección no incluye viviendas. De acuerdo con Spengler, se ha considerado que la casa del hombre no es arquitectura, sino un producto que como vegetal crece en el paisaje”.

Y es que en el cazar y alimentarse, como en el tejer y vestirse, o en el construir para habitar, se establecen los fundamentos originales, naturales, de la vida humana. La cultura social tiene en ellos las raíces de una conducta esencial, sustentada en las necesidades básicas y producida mediante el conocimiento obtenido a través del aprendizaje. Un aprendizaje que se estructura en la repetición de acciones y objetos generadores de conductas esenciales. Una cultura de la reproducción, en cuyo ejercicio, y sólo en él, radica la esperanza de su perfeccionamiento.

Reproducir, imitar una técnica en una acción creadora que deviene un sistema cultural ancestral que alcanza a todas las facetas de la acción del hombre, desbordando cualquier determinismo funcional para constituirse en práctica cultural completa. Hábitos que se segregan, se particularizan, se localizan, que se constituyen en diferencias, devienen en características distintivas de pueblos y regiones, pero también de individuos dotados de habilidades excepcionales o de impulsos sensibles distintos.

Lo común y lo distinto, lo general y lo particular, como formas destacables dentro de una acción reproductora que, en campos básicos como el de la casa, construyeron un principio de regulación propio, manifestado, por ejemplo, en las referencias que antes hacíamos a Sacriste o Pevsner. Un estatuto dispuesto a la transgresión de su estabilidad, como aventura proyectiva, siempre insegura.

Tenía razón Lukács (*Estética 2. Problemas de la mimesis*, 1963, 1966) cuando consideraba "tan comprensible el hecho de que la 'imitación' –en el más amplio sentido de la palabra– sea un dato elemental y universal en la vida de todo ser dotado de un grado de organización alto". Pero sin quitársela a los teóricos del Opojaz, con Sklovskij a la cabeza, cuando, como relata Tafuri ("Sklovskij, Benjamin e la teoría dello 'spostamento'", *Figure*, 1, 1982): "el uso poético de la imagen radica en el 'extrañamiento' obtenido al extraer con violencia un objeto de su contexto habitual, para insertarlo artificialmente en otro plano de la realidad".

6. La elaboración de nuestro conocimiento, como cualquier otro acto, discurre por dilemas dicotómicos. El pensamiento contemporáneo aplicado a la elaboración de sistemas, como pueda ser el del análisis histórico, ha debido discernir opciones: "O se sacrificaba el conocimiento del elemento individual a la generalización (más o menos rigurosa, más o menos formulable en lenguaje matemático) o bien se trataba de elaborar, si se quiere a tientas, un paradigma diferente basado en el conocimiento científico, pero de una científicidad aún completamente indefinida, de lo individual. El primero de los caminos sería recorrido por las ciencias naturales, y sólo mucho tiempo después fue adoptado por las llamadas ciencias humanas; y la causa es evidente. La propensión a borrar los rasgos individuales de un objeto se halla en relación directamente proporcional con la distancia emotiva del observador". Utilizamos, de nuevo, las palabras de Carlo Ginzburg (op. cit., p. 152–153), quien trae a colación un pasaje del

Tratado de Arquitectura de Filarete, quien, tras afirmar "que es imposible construir dos edificios exactamente idénticos", admite con todo "que existen muchos animales que son parecidos uno al otro, como ser moscas, hormigas, gusanos y ranas y muchos peces, que de esa especie no se reconoce uno del otro. A los ojos de un arquitecto europeo, las diferencias, incluso mínimas, entre dos edificios (europeos) eran relevantes, en tanto que las que separaban a dos 'jetas' tártaras o etíopes resultaban desdeñables, y las de los gusanos o las hormigas directamente inexistentes. Un arquitecto tártaro, un etíope ignorante en temas de arquitectura o una hormiga habrían propuesto jerarquías diferentes. El conocimiento individualizante es siempre antropocéntrico, etnocéntrico y así por el estilo".

Un por el estilo que en 1929 Georges Bataille lleva a sus últimas consecuencias a la hora de establecer parangones fisonómicos en relación con la arquitectura. La voz "arquitectura" de su *Dictionnaire critique* dice: "La arquitectura es la expresión del ser mismo de la sociedad, al igual que la fisonomía humana es la expresión del ser de los individuos. Sin embargo, dicho parangón debe relacionarse sobre todo con fisonomías de personajes oficiales (prelados, magistrados, almirantes, etc.). En efecto, sólo el ser social ideal, ese que ordena y prohíbe con autoridad es el que se expresa en composiciones arquitectónicas propiamente dichas".

Es decir, la magnífica arquitectura pública gozaría de la condición que Kant asignaba a la elocuencia: "Arte insidioso que quiere mover a los hombres como si fueran máquinas" (*Crítica del juicio*). Reducidos, siguiendo a Bataille, ya en sus privadas y civilizadas casas, como "un animal encerrado en una prisión, como un recluso", sólo resta añadir que "el hombre vive prisionero en su casa y está condenado a decorar lo mejor posible su celda". La vivienda respondería así a una metamorfosis en la que la inocente descripción de Filarete encontraría respuesta en la propia inocencia de la percepción popular de los edificios residenciales contemporáneos. Superado el dilema gropiusiano ca-

sa alta/casa baja, las colmenas y los pitufos han devenido en la popular expresión de la condición de abejas y gnomos, hormigas y etíopes filaretianos.

Teyssot concluye su discurso de derrota así: *"Es probable, por tanto, que el bastión de lo privado, de lo íntimo y lo doméstico, no sea ya una zona de refugio y de protección que se alza para defendernos de la esfera pública... sino que haya sido fagocitado por la mirada voraz de los numerosos expertos que, desde la segunda mitad del siglo XIX, comienzan a querer proyectar la casa de todos: médicos, higienistas, criminólogos, reformadores, ingenieros, arquitectos, decoradores, mueblistas, jueces, asistentes sociales, economistas, sociólogos, psicólogos, psiquiatras, etc. Toda una comparsa repleta de portadores de saberes –y, por tanto, de poderes– que asaltan con armas y equipos el umbral de la vivienda, y que destilan los humores privados al fuego de un centenar de ciencias"*.

¿Podemos aceptar este diagnóstico más allá de su valor de revulsivo intelectual? ¿Cabe reducir la consideración de la casa del hombre contemporáneo a ese juicio apocalíptico? Pareciera que nada nos obliga a establecer distinciones cuando leemos estos días el altísimo porcentaje de la población mundial que malvive en condiciones miserables y nada que pueda llamarse casa les cobija, con lo que reservaríamos para el segmento de población urbana que habita en nuestras sociedades desarrolladas, o con pretensión de serlo, el rayo fulminante caído con el fracaso del progreso, con la quiebra de las modernizaciones de nuestra historia contemporánea.

7. La esperanza proyectual sólo puede ser restablecida extrayendo los rescoldos ardientes entre las cenizas de las modernizaciones consumidas. Un acto de voluntad que obliga a establecer los detalles de un proceso reflexivo acerca de la construcción del espacio privado. Philippe Ariés, promotor con Georges Duby de la edición de la *Historia de la vida privada*, seleccionó dentro de la historia de la casa algunos ele-

mentos importantes: la dimensión más pequeña y la multiplicación de las habitaciones; la creación de espacios de comunicación segregando circulaciones; la especialización y funcionalización de las habitaciones y la distribución de la calefacción y de la luz. Todo lo cual formaba parte de un proceso que, desde la Edad Media, implicaba la conquista de la intimidad individual; la práctica de la convivencia social en determinados espacios de la casa; la asunción de su carácter de lugar de refugio, de atención a la infancia, en fin, de práctica de la residencia familiar. Individuo, sociedad y familia, formas de conducta a las que habían de corresponder figuras concretas, lugares cualificados del interior de la vivienda.

No está muy lejos Rybczynski al describir la evolución histórica de la idea de confort: *"En el siglo XVII el confort significaba lo privado, lo cual llevaba a la intimidad y, a su vez, a la domesticidad. El siglo XVIII atribuyó más importancia al ocio y la comodidad, el XIX a elementos en los que intervenía lo mecánico: luz, calor y ventilación. Las ingenierías domésticas... subrayaron la eficiencia y la comodidad"*. Witold Rybczynski escribió *La casa. Historia de una idea* (1986, 1989). Un libro interesante, por más que pueda producir a algunos indignación en ciertos pasajes, como al definir la casa corbusiana de *L'Esprit Nouveau* como *"melodía de una sola nota tocada con un silbato"*, o en los que anatemiza a la arquitectura interior del estilo internacional, a la que califica como *"ruptura en la evolución del confort doméstico"*. Su última aseveración, por conservadora, no deja de ser tan explícita como la que pueda provenir de sus antípodas ideológicas: *"El bienestar doméstico es algo demasiado importante para dejarlo a los expertos; es, igual que ha sido siempre, asunto de la familia y de la persona. Hemos de redescubrir por nosotros mismos el misterio del confort, pues sin él nuestras residencias serán de verdad máquinas y no casas"*.

Si bien lo desarrolla mediante consideraciones acerca de su carácter interior, su acondicionamiento y amue-

blamiento, más que a través de análisis distributivos y tectónicos, la idea que preside su historia de la casa es la búsqueda del bienestar y del confort. La lectura que hace de su quiebra en la vivienda moderna difundida por todo el mundo, aunque se fundamenta históricamente de manera simplista y tendenciosa (*"el estilo nada glamuroso del almacén cúbico era el adecuado para la sobriedad posterior a la depresión"*, o *"los nuevos gobiernos socialistas de postguerra de Inglaterra, Alemania, Holanda y los países escandinavos reaccionan favorablemente a la oratoria izquierdista de la escuela moderna"* o, también, *"su reputación antiautoritaria también sirvió, y se convirtió en un estilo del 'Mundo Libre', que representaba a la democracia y a los Estados Unidos en la Guerra Fría"*), no deja de ofrecer comentarios ajustados: *"No representa tanto una tentativa de introducir un estilo nuevo –eso es lo que menos importa–, como de modificar los hábitos sociales, e incluso de alterar el significado cultural subyacente del confort doméstico. Su negación de las tradiciones burguesas le ha llevado a poner en tela de juicio y a rechazar no sólo el lujo, sino también la comodidad, no sólo el abigarramiento, sino también la intimidad... La austeridad, tanto visual como táctil, ha sustituido al agrado. Lo que empezó como una tentativa de racionalizar y simplificar se ha convertido en una cruzada por los motivos erróneos; no, como suele afirmarse, una respuesta a un mundo en evolución, sino una tentativa de cambiar la forma en que vivimos"*.

"Cambiar la forma en que vivimos", tanto en cuanto el hilo conductor de la real habitación de los hombres y mujeres no se reducía a la establecida residencia de la burguesía de los países desarrollados. Junto a sus progresos indudables, el siglo XIX había producido también infinitos ejemplos indeseables fruto de la libre actuación de la economía urbana. Eberstadt, al definir los tipos residenciales, no se queda en la dualidad vivienda unifamiliar/edificio plurifamiliar, sino que añade el bloque de alquiler para el cobijo masificado, las prietas *mietkasernen*. ¿Por qué Eberstadt hace esa se-

gregación? Los edificios de viviendas plurifamiliares, por ejemplo los del Ring de Viena, aplican las fórmulas más solventes de composición racional para organizar sus generosas distribuciones en planta para la clase dominante, a partir de la tradición local del patio interior. Racionalidad distributiva y agrupación de promociones bajo una entidad figurativa única, como parte de un nuevo paisaje de centralidad urbana. Habitar burgués en interiores y exteriores en el que subyace, "por sus propias características geométricas y de repetibilidad", la idea del prototipo reproducible. Instrumentos proyectuales que, una vez experimentados en el Ring, se aplican con descarada reducción, cobijos entre 15 y 40 m², en los *mietkasernen* de la expansión proletaria de Viena hasta que el austromarxismo venga a su rescate. También así cobran sentido las palabras de Gropius en el CIAM de Frankfurt (1929): *"El problema de la vivienda mínima es el de establecer el mínimo elemental de espacio, aire, luz y calor indispensables al hombre para poder desarrollar completamente sus funciones vitales sin restricciones debidas a la vivienda, es decir, establecer un 'modus vivendi' mínimo en lugar de un 'modus non moriendi'"*.

Hay que insistir: *"Cambiar la forma en que vivimos"*. Una conclusión en la que sin duda acierta Rybczynski; otra cosa es en qué medida tal objetivo, perseguido de forma radical y contundente, como otros proyectos revolucionarios actuantes en el siglo XX, haya que considerarlo fracasado en su conjunto o quepa revisarlo en sus aplicaciones. Fracaso de importantes aplicaciones que ese autor relata respecto a elementos clave de la vivienda moderna. Así, por ejemplo, dice que *"el pequeño cuarto de baño normalizado (cuya distribución no ha cambiado desde el decenio de 1850) parece eficiente, pero está mal adaptado a la casa moderna..."* pues *"hoy en día el cuarto de baño debe ajustarse a actividades que antes se realizaban en vestidores, cuartos de niños y tocadores"*. O esto otro: *"También la cocina moderna es demasiado pequeña. Los estudios iniciales de la eficiencia en la cocina se centraban en*

reducir la cantidad de pasos que había que dar durante la preparación de las comidas. Ello ha tenido por resultado la cocina diminuta, supuestamente eficiente –a menudo sin ventanas– en la que hay pocas superficies de trabajo, pero en la que se puede trabajar sin moverse. Si esa disposición ha sido alguna vez cómoda, lo cual es discutible, ya ha superado su utilidad”.

Definitivamente el confort ha cambiado tanto cuantitativa como cualitativamente, convirtiéndose en un producto de masas. Una democratización del confort sustentada en la industrialización, en el desarrollo de un modelo de consumo basado en la reproductibilidad de los objetos de uso cotidiano, el mobiliario y el utillaje doméstico. Con acierto Siegfried Giedion tituló su examen del proceso de modernización tecnológica *La mecanización toma el mando*, cuya sexta parte la dedica en exclusiva a describir las aplicaciones domésticas del nuevo impulso racionalizador. Tras las mejoras distributivas de la vivienda, el abastecimiento de agua y los primeros métodos de calefacción, el impulso decisivo partió de la llegada del gas y de la ventilación a los hogares, que tuvo sus primeras aplicaciones mecánicas en aparatos que funcionaban a mano, pero una vez que la electricidad entró en la casa, tras su aplicación decisiva a la iluminación, llegarían en cadena, ya en nuestro siglo y por Estados Unidos, aspiradoras, neveras, lavadoras y planchas eléctricas. La principal economía que produjeron los nuevos aparatos eléctricos no fue de tiempo, con ser importante, sino de esfuerzo, favoreciendo que las tareas domésticas se realizaran con comodidad.

La historia de la vida privada y la historia de la casa en particular se configuran alrededor del papel supremo jugado por la mujer, desde mucho antes de la industrialización.

Rybczynski dice que, “desde el siglo XVII, cuando se introdujo la intimidad en la casa”, particularmente en los Países Bajos, es cuando y donde se consumó esta feiminización (“uno de los acontecimientos más importantes en la evolución del interior doméstico”, dice di-

cho autor, destacando la cocina, a la que se promovió en Holanda, con palabras del historiador William Temple, “a una posición de fantástica dignidad, y se convirtió en algo intermedio entre un templo y un museo”, lo cual debe entenderse como reflejo de la posición central de la mujer en la familia neerlandesa, cuya casa gobernaba y administraba de manera absoluta.

Pero dejando establecido ese precedente, conviene pasar a considerar cómo se modifica la imagen de la casa como territorio del varón, que era fundamentalmente visual, por otra más precisa, especializada, que resolviese problemas operativos. En esa dirección hay que destacar la aportación de Catherine E. Beecher, autora de *Un tratado sobre Economía Doméstica para el Uso de Damas Jóvenes en Casa y en la Escuela* (1841), cuyo objetivo era reducir el tamaño de la casa, no sólo por razones de costo de edificación, sino por ser más fácil de cuidar y utilizar, susceptible de hacerse más confortable con menor esfuerzo. Junto a ella, Mary Pattison, que publicó *Los principios de la Ingeniería doméstica*, estableció un método científico taylorista de observación directa, medición y análisis de las actividades domésticas, verdadero precedente de los estudios racionalistas que en nuestro siglo elaboraría Alexander Klein. En su metodología general para la determinación de tipologías racionales de viviendas censura la distribución arbitraria de los elementos de la planta, pues “genera impresiones desagradables que pueden influir negativamente en el sistema nervioso de sus usuarios”, y reclama un “deber ser” de la vivienda económica, sana, sencilla de utilizar y agradable.

8. Una trayectoria larga de más de dos siglos en pos de la eficiencia, mediante la racionalización y la mecanización, de la que el arquitecto iba a estar en buena medida ausente. El ingeniero Henry Rutton vino a participar de la secular querrela entre las dos profesiones, mediante una observación lacerante: “En medio de la llamarada de luz que en este siglo XIX ha iluminado al mundo, sólo la arquitectura se ha quedado inmóvil, ta-

pada por el polvo de siglos. Que yo sepa, nadie puede recordar que esa profesión haya sugerido una sola idea".

Los arquitectos más valiosos habían prendido sus luces no de los conductos del gas, sino, antes, a través de la Ilustración que promovía la construcción de un hombre nuevo, libre de vínculos ajenos a la Razón.

Por una parte, la jerarquía de la norma, la regulación de la casa, una regla que procura el orden doméstico como forma de aplicar, también con ella, la composición equilibrada en pos de una privacidad socialmente establecida.

J.N.L. Durand representa, mejor que la mayoría de sus contemporáneos, esa opción reguladora, la pretensión de la arquitectura normal, la casa normal, *su arquitectura y su casa normal*, normalidad que radica en su transmisibilidad, su ilusión reproductora. Su *Précis de leçons d'architecture données à L'École Polytechnique (1802-05)* es el método para el que nada queda excluido, tampoco la casa, urbana o de campo, de diversas magnitudes, programas y condiciones, y para las que la composición y su explicación responden por igual al ideal racionalista. Razón que fundaba un sistema disponible para las elaboraciones socialdemócratas holandesas o alemanas, herederas del ideal ilustrado, pero libre para la reproducción de los *mietkasernen* de toda Europa.

De otra parte, el impulso individual, la transgresión de la conveniencia, una actitud que encuentra la manera individual de establecer, en esa casa, sólo en ella, el impulso personal, otro orden.

J.N. Ledoux es capaz de elaborar una russoniana reinmersión de la sociedad en el gran ciclo de la naturaleza a través de la imposible elocuencia de la arquitectura de su proyecto para la villa social Chaux, en la que las casas se muestran imposiblemente otras, tan artificiosas, no más que la propia naturaleza dominada, todo ello parte del mismo sistema signico. Un extrañamiento más real para la construcción de nuestro tiempo que lo puedan ser los productos reales, tan in-

tegrados como brillantes, reclamados por Madame Du Barry y sus amigos de la Corte.

Pero lo que en Ledoux es esquizofrenia en Soane es paranoia. Morías a las que elogiar, locuras eficacísimas para la historia. Sir John Soane lleva la más inquietante integración de una colección arqueológica y artística en la caracterización de un espacio ofrecido como privado. Más de 40 años, hasta la hora de la muerte, dedicados a elaborar el museo de sí mismo, inquietante mutante de hombre a lugar, fantasma de un construir, pero no en un habitar, sino un simulacro magnífico, personal que no privado, que su familia repudia tanto cuanto la sociedad festeja. Una casa descrita, entre nosotros, muy bien por Rafael Moneo (*Arquitecturas bis*) y por Pep Quetglas ("Du coté de chez Soane", *Carrer de la ciutat*, 12, 1980), éste breve y brillantemente como primera forma de *Raumplan* en la arquitectura moderna, en la que los "espacios no son lugares, sino representaciones de lugares". Es decir, que son una lenta reproducción, manifestación de un proyecto, substanciado día a día, en un sádico gozo, exclusivo.

¿Cómo hacer viviendas que no sean para uno mismo, que no sean uno mismo? El arquitecto moderno que opta por la transgresión se somete a un verdadero y gozoso suplicio. El de desafiar al usuario a impresionarse y conmoverse: verse reproducido él en su comitente. Una reproducción de la sensibilidad. También Quetglas ha escrito palabras estimulantes acerca de las casas de Le Corbusier ("Viajes alrededor de mi alcoba", *Arquitectura*, 264-265, 1987): "*La arquitectura no está hecha de espacio o piedra, sino de impresiones; no se construye en el suelo, sino en la cabeza del espectador. Para Le Corbusier, explícitamente, la arquitectura no es una presencia plástica objetiva sino una impresión retiniana y sentimental*".

9. Historia del habitar para la historia de la arquitectura y como historia de la sensibilidad. ¿Cómo sumergirnos en la permanente diversidad del emocionarse? ¿cómo reconstruir la vida afectiva de un tiempo? Tam-

bién aquí, y ya para concluir, recurrimos a Lucien Febvre (*Combats...*): *"Poco a poco, las emociones asocian a diversos participantes que son a su vez iniciadores y secuaces, llegando a constituir un sistema de incitaciones interindividuales que se diversifica según las situaciones y las circunstancias, diversificando a su vez las reacciones y la sensibilidad de cada uno. Tanto que una vez establecida esta concordia, se regula la simultaneidad de las reacciones emotivas y se revela de tal manera que, confiriendo al grupo una mayor seguridad o una mayor potencia, rápidamente se encuentra la utilidad de justificar la constitución de un auténtico sistema de emociones. Las cuales devienen como una institución"*.

El propio Febvre nos lo decía antes en su examen de conciencia, nuestro cometido era *"negociar el acuerdo entre lo institucional y lo contingente"*. Una negociación que debe integrar los beneficios de la reproducción con la poética del extrañamiento. Un compadecimiento que las mujeres han venido ejerciendo durante

siglos de dependencia; ganando en los términos objetivos de la casa, trascendiendo y superando la especialización, pero, sobre todo, como Beatriz Colomina ha sabido explicar, mirando de otra manera, pugnando por estar de otra manera, construyendo sutilmente un habitar "otro", cuando menos dentro de sí.

Rocordemos también las palabras finales de Heidegger en su *Construir, habitar, pensar*: *"¿De qué modo pueden los mortales corresponder a esta exhortación si no es intentando por su parte, desde ellos mismos, llevar el habitar a la plenitud de su esencia? Llevarán a cabo esto cuando construyan desde el habitar y piensen para el habitar"*. En otro lugar había dicho: *"Medir-disponer es la poeticidad del habitar"*. Añado y termino; transgredir conociendo, que el medir, Medir mirando, como ellas. Es un horizonte, un proyecto, una difícil tarea salpicada de antinomias, de las que aquí sólo ha aparecido un ápice. Pero así es: *"Los progresos de la ciencia son fruto de la discordia"*. Como la herejía alimenta las religiones, *oportet haereses esse*.